

Girasoles ciegos

Se despertaron con los primeros rayos de la mañana. La vieron asomarse discretamente y cuando por fin salió, dirigieron su mirada hacia ella. La luz comenzó a bañarlas, una por una. Se levantó el viento, acarició sus dorsales, el gesto de la cara, hasta dejar sus rubias melenas enleñadas. De cara al sol pasaban la mañana esperando...

Fue entonces cuando llegaron los segadores. Arrasaron con ellas, dejándolas hechas jirones. Las rasgaron, las troncharon, las arrancaron de la tierra. Apuntaron con la hoz al cielo y al pasársela lloraban sin poder emitir aunque fuera un gemido, aunque fuera un quejido. Desangrándose su lechosa savia, las echaron a un lado del campo. Fueron amontonándolas, una sobre la otra, una sobre la..., una sobre..., una...

Cadáveres con almas que aún respiran, simientes que todavía laten, corazones que se dilatan.

Desde entonces, herrumbrosas nubes ciegan la luz y el viento se escucha sollozando su dolor. Las que sobrevivieron, de luto siguen vestidas, escondiendo su virginal regazo. Ensombrecidas por su tristeza y fieles a aquellas otras, ellas, los girasoles, se han quedado ciegos.

Karina Morales Gálvez
[Estudia el efecto de la némesis en la literatura hispanoamericana, en New Haven]

Una historia oculta. Un juego.

Tradicionalmente, la exposición se concibe como un viaje, privado y extenso, entre el fotógrafo y el público. La colocación de la imagen dentro de ese espacio o el estudio de la luz que recibe son elementos comunes en la sintaxis de cada exhibición.

Permítanos añadirnos, tras varias colaboraciones, dentro de este escenario. Proponemos un juego de microrrelatos, de variada índole, que tienen una referencia implícita sobre una foto de la presente muestra. Léanlos antes de entrar -tabula rasa- o después del garbeo -memoria visual-. Cada uno entenderá a su modo las conexiones que establece la fotografía con el microrrelato, y viceversa.

Si creen haberlo adivinado, pueden escribirnos:
karina.morales-galvez@yale.edu
o
gonzalo.hernandez@uky.edu

La toma de Granada

Tenía las ganas puestas en ese chiquillo. Tan joven, tan tierno, tan nicolasito. Le dije a sus padres que unas catequesis extras no le vendrían mal. Y apenas rechistaron. La madre, tan devota y buena amiga; el padre, tan del Marca y buen monárquico. Con la dictadura de la primavera, me entraron los calores. Y yo no podía permitir que mi cruz todo eso lo viera. Así que me cubrí el padre eterno con unas bolsas del mercadona, precinto y mucha santa devoción.

La tarde en que el pequeño Nicolás, con pantaloncitos delatores, me desnudaba del atuendo en la sacristía, se nos fundió una luz. Ayuda divina -pensé-, sin duda. Y agradecí. Nicolasito, mi vida, ¿por qué no cambias la bombilla del techo? Entre los dos abrimos la escalera. Se subió lento y trémulo. Y yo le amarraba de los tobillos desabrigados, y miraba para arriba, entre nervioso y animado, por las oscuras oquedades del tubo del pantalón. Por excesiva prebenda, me sobrevino un escalofrío, que parece que transmití al niño. Se desestabilizó el muy medica. Y, en un parpadeo, al suelo se precipitó mi espalda y la escalera contra mi cara abierta. Nicolasito, no. Nicolasito se quedó flotando, cual querubín que siempre me había parecido.

- ¡Ay, mi diosito! -grité emocionado por la visión-. Haz eterno este instante.

Quedé tetrapléjico per secula. Y el pequeño Nicolás aún se mantiene ahí ascendido a la cúpula de la sacristía, un ecce homo que me sonríe, retrato de retoñada flor, un capullo alado y celestial.

Gonzalo Hernández Baptista
[Investiga la literatura del exilio antifranquista, en Puebla]

ALUMBRE

200 AÑOS DE ALUMBRE

Todos celebran los centenarios.

ALUMBRE cumple dos años de vida, pero si le añadimos dos ceros nos aproximamos más al número de gente que ha participado en nuestros talleres. Si en vez de doscientos fueran veinte, redondeamos el número de exposiciones que hasta hoy se han colgado en nuestro local. Alrededor de dos mil fanzines circulan de mano en mano difundiendo la fotografía documental, la literatura y el conocimiento de los viejos fotógrafos.

Pocos faltan para llegar a otros dos mil los que nos siguen por facebook casi a diario en distintos lugares del mundo. Por dos comienza también el número de socios activos, unos veintitantos, que cada día salimos a las calles a fotografiar nuestro entorno, nuestras gentes. Vuestras vidas. Si no fuera por la veintena de socios colaboradores, que voluntariamente se rascan sus bolsillos, Alumbre no sería un colectivo sin jefes, sin dueños y sin subvenciones.

El dos es un buen diafragma para desenfocar a los responsables de la cultura oficial que jamás se interesaron por Alumbre, y a los medios de comunicación que intentan silenciar, censurar la difusión de cultura no dirigida. Dos dedos de frente, por lo menos, son los que les faltan.

Dos años no es mucho tiempo para una vida, pero los humanos se ponen a dos patas a esa edad, dan carreras y se caen, se vuelven a levantar y corren sin miedos, con la decisión y la confianza en sus dos piernas recién estrenadas.

Manuel Ruiz Toribio



RECUPERANDO MEMORIAS

Los Anónimos

Por muchos es conocido el personaje de V, el revolucionario enmascarado que atentó contra el gobierno fascista de Gran Bretaña en la ficción y, que más tarde, su emblemática máscara fuera un símbolo del movimiento Anonymous. Anónima fue también durante 25 años la foto que ganó el premio Pulitzer en 1979, una imagen del fusilamiento de once kurdos condenados a muerte por el régimen iraní. Jahangir Razmi resultó ser su autor. En la España de principios del XX, muchas fotos se quedaron sin autor, documentos que perdieron sus referentes y nos llegaron sin nombre. En la provincia de Ciudad Real nos quedaron muchas imágenes huérfanas, pero su fuerza y su calidad siguen vigentes. Vaya nuestro homenaje a estas fotos sin autor y a estos autores desconocidos. Quizás algún día vuelvan a recuperar la autoría como pasó con la foto de Razmi.

